

Losada, José Manuel: *Mitocrítica cultural: una definición del mito*. Madrid: Akal 2022. 832 pp.

Alfonso Lombana Sánchez
Universidad Complutense de Madrid ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/arab.98082>

El catedrático José Manuel Losada (UCM) lleva años usando –con mucho acierto– el concepto de “mitocrítica cultural” para aunar una visión muy sugerente del mito en el que este es visto siempre como un relato funcional, pleno de símbolos y, sobre todo, remitente a una cosmología trascendente. Tanto en los diferentes grupos de investigación que ha dirigido como en los artículos y libros que ha publicado al respecto, el profesor Losada ha arrojado siempre luz a este tema tan complejo. El acierto de su investigación lo corroboran dos hechos evidentes: por un lado, las fructíferas explicaciones de mitos que consigue y, por otro lado, la creación de una importante escuela de “mitocríticos” que han adoptado ya su línea de trabajo. Por este motivo, la aparición de este libro, *Mitocrítica cultural: una definición del mito*, debe ser vista como un motivo de alegría y de gran relevancia. No estamos ante un tratado de erudición gratuita ni tampoco ante una mera reflexión filosófica o filológica sobre el mito; por el contrario, estamos ante los frutos de un intenso trabajo y de un profundo diálogo con expertos de diferentes especialidades, literaturas y lenguas. La mitocrítica cultural, en la exposición del profesor Losada, no conoce límites y se erige como una herramienta de estudio capaz de manejar conceptos filológicos, filosóficos, culturales, sociológicos o historiográficos con pulcra precisión; y, por añadido, también de prestar atención a casi todas las grandes literaturas occidentales que abrigan material “mítico” relevante. El objetivo de esta reseña, no obstante, se centrará exclusivamente en la presencia que tienen aquí temas procedentes de los países de lengua alemana.

El volumen tiene tres partes claramente diferenciadas. Una primera, introductoria (pp. 9-190), asienta la terminología usada en el estudio y, además, contextualiza el mito en el momento actual de la historia del saber en el que nos encontramos. Con gran acierto se confronta el mito con los discursos de la globalización, de la inmanencia de las cosas y, sobre todo, de las aspiraciones humanas hacia la transcendencia. La segunda parte (pp. 191-684), el núcleo del volumen, se centra en el desarrollo minucioso, holístico y ordenado de los diferentes aspectos que conciernen al mito. De este modo, tras definir con precisión el mito enmarcándolo en sus diferentes “relatos”, se exploran sus referencialidades, simbologías y elementos extraordinarios; asimismo, se analiza la historia de los procesos de mitificación y desmitificación para, en última instancia, indagar en las facetas más trascendentes del mito. Cierra el volumen un importante apéndice con agradecimientos, bibliografía y cuatro índices de gran valía. Estos índices, que recogen alfabéticamente mitos (o personajes mitológicos), conceptos, obras y nombres, hacen del volumen una excelente obra de consulta. Se agradece esta posibilidad de consulta directa, máxime cuando la erudición de las disquisiciones no es nunca gratuita ni abstracta, sino que siempre está subrayada con ejemplos prácticos de la literatura.

La “visión” de la mitocrítica cultural parte de la idea de que el “el mito subsiste” y de que su “maleabilidad es su fuerza” (p.12). Precisamente por ello, el deber del mitocrítico no es otro sino

analizar el mito en su reflejo para intentar entenderlo mejor. Y es precisamente un mito con grandes ecos en los países de lengua alemana, el mito de “Tristán e Isolda”, el que sirve para ejemplificar esta tarea. El estudio que propone la mitocrítica insiste en que el mito “tristiano contenía de modo latente los elementos conducentes a una evolución” (p. 183). Así, analizándolo desde sus primeras versiones hasta otras posteriores, tales como la interpretación wagneriana del siglo XIX, se ofrece al lector una reflexión que permite, entre otras, cosas, reevaluar el mito. El mito de Tristán, de este modo, habla del simbolismo y del filtro, pero también se erige como paradigma del tránsito entre dos mundos (cf. pp. 341s).

Precisamente la maleabilidad del mito hace que este se mueva bien en la interdisciplinariedad artística. En este sentido, por tanto, muchas manifestaciones artísticas de los países de lengua alemana, como sucede con las óperas de Richard Wagner, son en más de una ocasión objeto de análisis aquí. Además de Tristán, el autor analiza pormenorizadamente El anillo del nibelungo para reflexionar acerca del mal en la sociedad en torno al “oro” del Rin (p. 466) y de las preferencias de Wagner a favor del personaje de Sigfrido en vez de un personaje histórico. Con gran acierto entiende aquí Losada al propio Wagner, que sabía que solo podría revestir al héroe de un carácter mítico “desvistiendo al héroe de señas históricas” (p. 477); precisamente por eso desechó escribir un drama sobre Federico Barbarroja o Jesús de Nazaret, dada la falta de libertad que conllevaría el trabajo con estos personajes históricos. La aproximación mitocrítica, por tanto, corrobora nuevamente que la maleabilidad del mito actúa aquí a favor de su prevalencia.

Otro momento en el que la literatura alemana es analizada con resultados sugerentes es cuando el autor estudia el mito de Ariadna y la fructífera reelaboración que hicieron Richard Strauss y Hugo von Hofmannsthal en *Ariadne auf Naxos* a partir de una adaptación de Molière (cf. pp. 219-215). En esta ópera, dice el autor, se ve cómo “al mito le sienta bien el dinamismo interdisciplinar” (p. 225) y se pone claramente de manifiesto que Ariadna es paradigma de la soledad y del amor, especialmente a partir de su contraposición a “Zerbinetta”.

Ahora bien, Tristan und Isolde o Ariadna auf Naxos son tan solo ejemplos puntuales del acertado uso que hace el autor de la literatura “alemana”. En este sentido, no solo se citan obras “conocidas”, sino que también hay ecos de figuras menos difundidas, tales como La muerte de un ángel de Jean Paul (p. 267), traída a colación hablando de los sueños, o bien importantes referencias a las “desmitificaciones” de Christa Wolf, especialmente de Medea (p. 524). La presencia de autores como Jean Paul o Christa Wolf, entre tantísimos otros, demuestra un estudio minucioso y un buen conocimiento de la literatura alemana por parte del profesor Losada.

Por todo lo dicho, de las muchas virtudes del libro habría que resaltar tres como las más positivas. En primer lugar, debe reconocérsele a su autor un alto nivel de erudición y excelente conocimiento de las literaturas occidentales, también de la alemana. En segundo lugar, hay que resaltar la voluntad pedagógica del autor, esforzado siempre por que se entiendan minuciosamente los conceptos y mitos mencionados. Esto, además de rigor, dota a la obra de un compromiso firme y de una voluntad clara de posicionamiento. Y, en tercer lugar, debe realizarse muy positivamente el uso frecuente de ejemplos literarios en las disquisiciones. Estas citas literarias no solo clarifican las teorías sobre el mito, sino que, en mayor medida, explican los procesos teóricos con ejemplos realmente prácticos; estas explicaciones, además, ayudan muchas veces a entender mejor algunas obras literarias. Se nota y disfruta la trayectoria docente del autor en estos constantes esfuerzos pedagógicos.

Todas estas virtudes, no obstante, podrían toparse con un escollo capaz de generar algo de desacuerdo entre posibles lectores. En verdad, pocas personas tienen un conocimiento tan profundo de tantas literaturas occidentales como el profesor Losada. Ahora bien, precisamente las múltiples obras citadas de muy diversas literaturas podrían generar críticas en algunos lectores expertos en las respectivas materias. Sucede por ejemplo con la cita de Lessing y su ensayo sobre Laoconte, extrapolarlo en exceso la frase “los colores no son notas y [...] los ojos no son oídos” (p. 219) para incidir en la necesidad de respetar los requisitos mínimos de cada arte. En un sentido interpretativo, esta afirmación podría ser una de las lecturas que se hicieran del estudio de Lessing; ahora bien, en su sensación más pegada al texto, el mensaje que Lessing quería transmitir era en realidad otro, no necesariamente la incompatibilidad de las artes. Lessing, más

bien, sostenía que la literatura logra exponer algunas cosas, tales como el movimiento, mejor que la escultura, la cual sin embargo sabe captar mejor un momento más concreto y exacto. Dado que cada “manifestación artística” tiene su virtud, sugiere Lessing, deberíamos usar en consecuencia cada arte para una cosa diferente; y al hilo de esto, recuerda cómo Homero prefirió explicar cómo se vistió Agamenón en vez de describir sus ropas. Esta visión, sin duda, podría haber redondeado mejor la reflexión acerca de la interdisciplinariedad y de la convivencia de los géneros, pero ante lo furtivo de la cita se pasa lamentablemente por encima sin más. Este apunte, no obstante, no ensombrece en ningún momento el acertado uso que hace el autor de las fuentes de la literatura de los países de lengua alemana. Al contrario: da ganas de más y sugiere la relectura de todos estos textos.

Por todo ello, y a modo de conclusión, se puede decir que estamos ante una obra que puede ser histórica. Los mitos viven actualmente un gran interés en series, películas y manifestaciones artísticas contemporáneas, de las que por cierto se hace eco el profesor Losada también. Es decir, este libro llega en un momento adecuado para entender mejor el mito, su funcionalidad, su simbología y su trascendencia. En resumen, tanto su colorido enciclopédico en la mejor línea de la tradición europea como su valentía en la concreción terminológica hacen de *Mitocrítica* cultural, quizás, un manual indispensable para el estudio del mito durante los próximos años.